

ciencia. Preguntemos á aquella persona jóven, que solo sabe tomar gusto á las máximas del mundo, cuyo corazon y cuyo espíritu, lleno todo de vanos proyectos de fortuna, de frivolas ideas de grandeza, solo suspira por los objetos de su ambicion, y mira con lástima á los que profesan una vida cristiana y arreglada; preguntemos á aquella mujer mundana, á esas gentes de las diversiones y de los pasatiempos, ¿cuál ha de ser su suerte? Tienen parientes, tienen amigos que profesan la misma religion, y su vida es muy diferente de la suya. Aquella señora, aquella dama tan indevota y tan esparcida, tiene una hermana en un convento, cuya inocencia se está manteniendo á favor de un continuo ejercicio de oracion, de una exacta observancia, de una rigurosa penitencia; y de ésta dice el Apóstol que apenas se salvará. Esta digna esposa de Jesucristo, esta victima del divino amor tan inocente, trabaja dia y noche en su salvacion con temor y con temblor, y apenas se salvará, segun el Apóstol; mientras su hermana que es tan poco devota y tan mundana, criada en la maldad, y envejecida en las peligrosas diversiones del mundo, vive con una prodigiosa seguridad de su eterna salvacion. ¡O Dios, qué ceguedad tan funesta! ¡qué estado mas digno de temerse!

Los desiertos y los claustros están poblados de santos; y estos santos aun no juzgan segura su inocencia en aquel abrigo. ¡Qué circunspeccion en todos sus sentidos! ¡qué vigilancia sobre todos los movimientos del corazon! ¡qué oracion tan continua! Temen la tempestad hasta en aquel puerto; desconfian del enemigo hasta en aquel campo fortificado; no dan por asegurada la virtud, ni entre las espinas, ni tras las trincheras de la penitencia; trabajan sin cesar llenos de temor debajo del saco y del cilicio; tiemblan hasta la muerte en medio de aquella horrorosa soledad: ¿pues en qué han de parar esas mujeres profanas, esas personas tan indevotas, tan poco cristianas, tan libres y tan licenciosas? ¿en qué han de parar esas almas espuestas á los mayores peligros, sin antidotos y sin preservativos? ¿esos esclavos de sus pasiones, cuya conciencia es un caos, cuya vida es una perpetua cadena de culpas, cuyas costumbres están tan estragadas? En una palabra: *Si el justo apenas se salva, ¿el impío y el pecador en qué pararán?*

El Evangelio es del cap. 6 de S. Lucas.

En aquel tiempo: bajando el valle, y con él la comitiva Jesus del monte, se detuvo en de sus discipulos, y una copio-

sa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalem, y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oírle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discipulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reireis. Sedes bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

De la causa y de los efectos de la falsa conciencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el origen de la falsa conciencia es el amor propio, el cual corrompiendo al corazon, da paso al contagio hasta el entendimiento, y á éste le ciega; con cuyos dos asesores, por decirlo así, decide de todo como supremo juez: materias de religion, dudas de moral, casos de conciencia, puntos de fe, todo se resuelve en este tribunal. ¡Qué de errores! ¡qué de descaminos! ¿Y qué hay que admirar de que tantos se precipiten?

Los entendimientos mas cortos, los mas limitados son los mas espuestos á dar en el error, los menos capaces de conocerle, y por consiguiente de corregirle; de aquí nace que la dureza y obstinacion es inseparable de la falsa conciencia. Es indubitable que ningunos son mas fáciles á descaminarse que los hombres de poco entendimiento: cuanto mas moderados sean sus alcances, tanto mas seguros y tranquilos vivirán en sus errores; pues no admite disputa que el orgullo es uno de los principios de la falsa conciencia. Llenos de estimación de sí mismos, soberanamente pagados de todas sus ideas, se juzgan infalibles en cuanto conciben. Tiene gran cuidado el amor propio de fomentar una presuncion tan declarada por sus intereses, tan aprobadora de todo cuanto le lisonjea, y esto es lo que produce la obstinacion en la falsa conciencia, y su falsa seguridad.

Siendo la conciencia un juicio secreto que forma el alma aprobando ó reprobando lo que hace, la falsa conciencia siempre in-

produce en este juicio el voto del corazón, naturalmente inclinado á todo lo que le gusta. Cuando concurren estos dos principios, y prevalece este voto, ¡qué desaciertos se cometen, y en qué ceguedad se vive! Con tal guía, ¡qué errados pasos no se dan! Entonces todo contribuye á amodorrar al pecador en su falsa paz, y en aparente tranquilidad de una conciencia engañada, que tiene por tentaciones los justos remordimientos. Es un espejo infiel que disimula y engaña; de donde proviene que rara vez conoce sus descaminos una conciencia errónea, y mas cuando se junta con corta capacidad; y del mismo principio nace aquel capricho y dureza de juicio, en fuerza de la cual se reputa por enemigo y por contrario todo lo que altera la falsa paz del corazón. ¡Buen Dios! ¿y quién podrá salir de este atolladero?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que á esta falsa, á esta engañosa luz deben sus progresos las falsas devociones, los abusos mas groseros, y hasta las mismas herejías. La falsa conciencia es la que introdujo, ó por lo menos la que toleró y aprobó las ilusiones del entendimiento y del corazón; la que siempre las fomenta y las autoriza. No hay maldad que no se cometa con ella; porque ¿á qué escesos no se arroja un ambicioso cuando hace punto de conciencia sus mismas engañadas máximas? Una conciencia, si os place, corrompida con la ambición, ¿qué zelos tan malignos no inspira? ¿qué artificios no aconseja? y si es menester ¿de qué traiciones no se vale? Cuando la conciencia va de concierto con la codicia, nada le cuestan las mayores injusticias: no hay usuras que no favorezca; simonías á que no eche la capa; vejaciones, violencias, pleitos injustos, trampas y enredos que no santifique. Pues si la animosidad, si el rencor y el odio forman la conciencia, dime, ¿qué dicerios, qué murmuraciones, qué enconos no autoriza, qué venganzas no apoya, qué escandalosas divisiones, qué enemistades no fomenta, qué desdenes, qué desprecios, qué sacudimientos no aprueba? Nada detiene á una falsa conciencia; pervertida por una parte, y muy satisfecha de conciencia por otra, á todo se arroja, y todo lo lleva tras sí. Admirámonos, no pocas veces, de ver algunas personas, al parecer virtuosas, y aun devotas de profesion, que en medio de eso son vengativas, murmuradoras, orgullosas, rebeldes á las decisiones de los mas sabios doctores, y aun á las de la misma Iglesia. Todo es fruto, toda es obra de la falsa conciencia, que aprueba y autoriza cuanto lisonjea el amor propio, cuanto se acomoda á la concupiscencia y á la sensualidad. ¿Qué no hicieron los judíos guiados de una falsa conciencia? Crucificaron al Santo

de los santos. ¿Qué no hicieron, y qué no hacen todos los dias tantos herejes? Por los artificios de la falsa conciencia, tantos pobres hombres, tantos pueblos ignorantes, tantas mujeres presumidas, sin la mas leve tintura de letras, se meten en decidir sobre los puntos mas impenetrables de la religion, juzgan tranquilamente de todo, y escandalosamente se obstinan en no rendirse á las mas santas determinaciones de la Iglesia. A favor de la falsa conciencia se peca osada y tranquilamente, porque no se experimenta inquietud ni turbacion; se peca casi sin esperanza de remedio, porque el grande recurso del pecador es la recta y santa conciencia, la cual condena el pecado al mismo tiempo que le comete: por aquí le llama Dios; pero cuando enmudece esta voz, y cuando está cerrada esta puerta, ¿qué recurso le resta al pecador? La delicadeza de conciencia en los santos, y los mismos escrúpulos de las almas timoratas, muestran bien cuanto temian el infeliz estado de la falsa conciencia. ¡Ah Señor! por irritado que esteis, no querais castigar jamás á vuestro pueblo con esta funesta ceguedad; descargad vuestra ira en todo lo demás, pero perdonadnos en este punto. Al contrario, hacéndonos tan delicados, tan detenidos en lo que toca á vuestros mandamientos, y dadnos una conciencia tan timorata, que desconfiemos siempre de nuestras propias luces; un corazón, un espíritu humilde, dócil, rendido, recto; y que vuestra santa ley sea siempre nuestra guía.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los que nunca se desvian del camino de la inocencia, y van siempre adelante por la ley santa de Dios. (*Psalm.* 118.)

Olvidad, Señor, mis ilusiones y mis errores, y no os acordéis de los pecados de mi inconsiderada mocedad. (*Psalm.* 24.)

PROPOSITOS.

1 Mira con horror tan desacertada guía, y nada temas tanto como el engaño y la ilusion en punto de salvacion. Apenas se puede creer que tantas gentes lastimosamente precipitadas en el error, y tantos otros de una vida por otra parte tan arreglada, caigan miserablemente por pura malicia en tantos desórdenes sobre materia de costumbres, y vivan con tanta tranquilidad en costumbres tan desbaratadas y tan visiblemente opuestas á las máximas del Evangelio. La falsa conciencia es la que hace estos estragos, y la que produce todos estos frutos. ¿Seria posible que unos hombres, por otra parte capaces, rectos, y aun moral-

mente bien inclinados, dejasen de conocer que estaban fuera del camino de la salvacion, si no les cegase la falsa conciencia, y si esta ceguera no irritase sus pasiones, haciéndolos sordos é insensibles á todas las inspiraciones de la gracia? Debes precaverte contra un mal tan peligroso y tan comun; desconfia siempre de la dureza de juicio en punto de devocion; nunca te aferres en tu dictámen contra el parecer de tus directores, de tus padres y de tus amigos; guárdate bien de que tu capricho sea efecto de la falsa conciencia. Nunca te persuadas á que no hay inconveniente en ir á la comedia y á la ópera; á que puedes sin escrúpulo concurrir á ciertos parajes donde corre peligro la inocencia; á que no hay inconveniente, ni tiene misterio el pasar en el juego los dias y las noches. ¿Cuántas veces te parece estás obligado á encolerizarte, á mostrar tu mal humor á toda la familia, ejecutar con poca espera y con no mucha piedad á tus acreedores? Y esa aspereza con que tratas á tus dependientes, ¿no será tambien efecto de una falsa conciencia? Si eres eclesiástico ó religioso, ¿no te dispensas con demasiada facilidad en ciertas obligaciones? ¿y no vives quizá muy errado, pareciéndote que puedes con buena conciencia usar de tus rentas como usas de ellas, y aplicarlas á lo que las aplicas? ¿tendrás motivo para estar muy asegurado de que cumples con la obligacion del oficio divino, rezándole con la indevocion con que le rezas? ¿y te podrán aquietar mucho los frívolos pretestos con que te excusas de celebrar el santo sacrificio de la misa? Es cierto que una conciencia desembarazada autoriza todos estos defectos; ¿pero te hará por eso menos culpado en cometerlos? Remedia sin dilacion estos desórdenes.

2 Guárdate mucho de buscar muy de propósito directores lisonjeros y laxos, confesores cómodos, profetas que solo anuncian lo que halaga al amor propio; todos son muy malas guías. ¿Qué ciego busca por lazarillo á otro ciego? Nunca te fies de jueces que sentencian siempre en favor de tu inclinacion. Espon sencillamente tus dudas á personas sabias, y confórmate sin réplica con sus resoluciones.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN SILVERIO, papa y mártir, el cual por no haber querido restituir en su silla á Antimo, obispo hereje, depuesto por su predecesor Agapito, é instancia de la impia emperatriz Teodora, fué